

EL BALCÓN DE JULIETA

MARÍA SANZ CASARES

Dedicado a esas personas cercanas y queridas
que no me han dejado desistir de esta novela:
Una historia de amores que, de puro intensos,
se vuelven demoledores.
Una historia de reencuentros y despedidas
que se perpetúan sin visos de colofón
y que desgastan la energía vital.
Amores que no deberían existir.

NOTAS SOBRE LA AUTORA

María Sanz Casares nació en La Parrilla (Valladolid, España). Ya desde pequeña notó su vocación de lingüista intentando aprenderse de memoria canciones en diferentes lenguas, ya fuera en latín, en italiano, en francés o en inglés. Cada idioma le suponía un reto mental y una pasión por sus meros sonidos distintivos, y le encantaba la magia de aprender a decir lo mismo de diferentes maneras, cada una con sus matices y en diferentes lenguas. Es por ello que no dudó en estudiar varios idiomas y en licenciarse en Filología Inglesa, ni continuar su carrera doctorándose en el área de la literatura inglesa en el Departamento de Filología Inglesa de la Universidad de Valladolid, en la que ejerce como profesora titular. Ha impartido clases de lengua inglesa, literatura inglesa y americana, análisis de textos literarios e historia y cultura de los países de habla inglesa. Es autora de una treintena de artículos dedicados, sobre todo, al teatro británico del siglo XX y la traducción y publicados en revistas especializadas. Es, asimismo, autora del libro *El Universo de los cuentos de Oscar Wilde* (Servicio Publicaciones UVA, 1996) y de las novelas *El final del viaje* (Abecedario, 2008), *El crimen del Campo Grande* (Abecedario, 2010), *Pasos en falso* (Agilice Digital, 2016) y *La expectación de Tarun Mishra* (Colección Licenciado Vidriera, 2020), así como de algunos relatos breves publicados en colecciones de relatos de varios autores.

Ha vivido en Londres y, como parte de su formación y desempeño académicos, ha visitado numerosas universidades españolas asistiendo a congresos e impartiendo ponencias y conferencias, además de participar activamente como profesora Erasmus en una veintena de universidades europeas en once países, donde ha dado a conocer su obra académica y de ficción.

Finalmente, ha sido miembro especialista del Jurado de los Concursos de Relatos Cortos organizados por el Colegio Oficial de Médicos de la Rioja desde su primera edición en 2015.

CONTENIDO

PARTE I. DÍAS DE ESTUDIANTE	5
1. CANTOS GREGORIANOS Y PASTAS DE SANTA CLARA	6
2. LO QUE LA NATURALEZA NO DA.....	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
3. JUEGOS DE APUESTAS Y SEDUCCIÓN.....	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
4. UN NUEVO AMOR.....	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
5. NO, NO ME ARREPIENTO DE NADA	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
6. ¿CÓMO DETENER EL TIEMPO?	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
7. ALGO MÁS QUE UNA AVENTURA.....	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
PARTE II. EL RENCUENTRO	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
8. ROMPIENDO EL SILENCIO	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
9. ¿QUIERES SER MI AMANTE?	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
10. PREPARANDO EL CAMINO.....	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
11. ELLA (LA MUJER ENAMORADA).....	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
12. ESPERANDO A JAVIER.....	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
13. JE T'AI ME ... MOI NON PLUS	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
14. EL BESO DE JULIETA	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
PARTE III. REACOMODÁNDOSE	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
15. CUESTIÓN DE DETALLES	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
16. CARTAS BOCA ARRIBA.....	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
17. CUENTOS ILUSTRADOS	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
18. POR LA RIBERA DEL DUERO	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
19. LOS PENDIENTES	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
PARTE IV. BUSCANDO UN CAMINO.....	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
20. NOSTALGIA.....	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
21. S.O.S.: ATERRIZANDO.....	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
22. LOS PLANES SE COMPLICAN	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
23. LETANÍAS A SOFÍA	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
24. HABLANDO DE MI CHICA.....	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
PARTE V. FURTIVOS.....	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
25. DULCE LOCURA EN UN DÍA DE LLUVIA	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
26. LOS HIJOS DE JAVIER	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
27. BORRÓN Y CUENTA NUEVA.....	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
28. BUSCANDO UNA SALIDA EN GRANADA	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
29. ALFONSO SE ABRE PASO	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
PARTE VI. FIN DE TRAYECTO	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
30. JAVIER EN CARNE Y HUESO.....	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
31. ¿Y CÓMO ES ÉL?	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
32. AGUA, TOCADO, HUNDIDO	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
33. SUEÑOS ROTOS	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
34. LA HISTORIA INEXISTENTE	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
35. EL BALCÓN DE JULIETA.....	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.

PARTE I

DÍAS DE ESTUDIANTE

¡Clara mañana de estudiante
con tristezas de amor ungida!!
«Rosa de mi abril» (Ramón María del Valle Inclán)

1. CANTOS GREGORIANOS Y PASTAS DE SANTA

CLARA

¡En tu aspirar sabroso,
de bien y gloria lleno,
cuán delicadamente me enamoras!
«Llama de amor viva» (San Juan de la Cruz)

Perder la virginidad con cantos gregorianos como música de fondo no fue una cuestión baladí para Sofía Valverde, dado que también era la primera vez que los escuchaba. Y «qué tostón de música», pensó. Y qué dos experiencias nuevas tan incompatibles. Pero Diego estuvo bien, a pesar de los pesares. Eso significaba que el pobre dio la talla aun teniendo que sortear todas sus reticencias morales con respecto a mantener relaciones prematrimoniales. Simplemente esa tarde su cuerpo y su mente fluyeron al unísono y, sucumbiendo a la tentación, se enfrentó consigo mismo, con sus propios demonios, para romper las ligaduras que lo habían obligado a mantener, hasta ese momento, la castidad más absoluta. Esa muchacha le resultaba sencillamente irresistible, pura dinamita, así que lo fácil fue dejarse llevar, o más bien arrastrar, por su hermoso canto de sirena. Luego se confesaría y ¡ya está!

Las cosas a menudo se escapan a nuestro control y para Diego no estaba previsto que sucediera, y, en consecuencia, tampoco estaba preparado para la ocasión. Pero Sofía sí lo estaba, y sucedió, además, en un día señalado: viernes, 19 de diciembre de 1980, el final del primer trimestre. Había dejado pendiente para hacer en Navidad un trabajo de literatura sobre poesía del Renacimiento y había elegido a Garcilaso de la Vega, pero Diego le hizo cambiar de opinión y centrarse en los sonetos de su coetáneo Juan Boscán, que, aunque poco conocido, no por ello era menos importante como introductor e impulsor de la lírica italianizante en la poesía en castellano. Además, él podía ayudarla con los libros que tenía sobre el tema y, con el fin de enseñárselos y prestárselos, la había invitado a ir ese día a su casa, un templo de la sabiduría de todos los tiempos que él usaba sólo para estudiar. Sofía estaba avisada de la magnitud de la biblioteca, pero Diego no era una persona dada a presumir y no le había dado a la cuestión la consideración que se merecía.

Desde su ingreso en la casa lo de menos fue la bibliografía sobre Boscán porque lo que allí encontró la apabulló. Todas las paredes estaban prácticamente ocultas tras estanterías repletas, por lo que se podía decir, literalmente, que estaban empapeladas de innumerables y valiosísimos libros, fruto del afán coleccionista de su familia durante varias generaciones. De no ser porque olía a polvo y a viejo, esa casa podría ser el sueño de una joven como Sofía, apasionada de la lectura en general y la literatura en particular. Sofía empezó su recorrido pasando revista rápida a las estanterías situadas a ambos lados del pasillo, con antiguas colecciones de historia, arte, ciencia y biografías de figuras universales, pero no tocaba ningún ejemplar, ni los sacaba de sus puestos asignados metódicamente: sólo los miraba. Y es que, con tanto material, ¿por dónde empezar?

—¿Está toda la casa así?

—Eso me temo.

—Entonces, te he entendido mal, Diego. Creí que me habías dicho que tenías una biblioteca en tu casa y lo que tienes es una casa dentro de tu biblioteca. Aquí todo está al servicio de los libros. ¡Caray! Miles y miles. ¿Por qué hay tantos? O sea...

—Te entiendo. Mi madre descende de una familia de profesores universitarios de historia, de literatura y de derecho, y todos sus libros han ido quedando aquí. Ahora nadie los quiere.

—¿Dónde está la sección de literatura española?

—Repartida entre el salón y las habitaciones.

—¿Y en la tuya qué hay?

—De todo un poco, pero sobre todo literatura medieval y renacentista, sobre la que estoy haciendo la tesis.

—Son los que me interesan. Enséñame esos.

Diego la dirigió a su dormitorio, encendió la luz, corrió las cortinas de la ventana que daba a la céntrica calle de Platerías y, a diferencia de lo que cabría esperar, lo primero que vio Sofía no fueron las estanterías, sino la cama.

—Están todos a su disposición, señorita —le dijo Diego—. Aparte de mí, nadie más los lee.

Pero la señorita, en ese preciso momento, no se interesaba por los libros para su trabajo. Estaba de vacaciones.

—Al menos hay sitio para una cama y ¡menuda cama! —fue su inesperada respuesta.

Diego se rio mientras ella, sentada en un lateral, daba botes como probando la dureza o flexibilidad del colchón de lana sobre un somier de muelles, el cual chirriaba al compás de la madera que lo soportaba y que crujía con cada saltito.

—¡Es como las camas de la casa de mi abuela! *Clanclán, clanclán, clanclán...* —repetía Sofía imitando el crujido al unísono con cada salto.

—¡Qué chiquilla eres! Es una cosa que me encanta de ti.

Él se acercó con intención de sumarse al juego del *clanclán, clanclán*, pero ella lo arrojó sobre sí y pasó lo que tenía que pasar. Mucha religión, mucha castidad, pero Diego Santamaría y Casto Ladrón de Guevara no hizo remilgos, ni puso pega alguna, ante lo que se le antojaba inevitable. Eso sí, no de cualquier forma.

—Espera, que pongo música.

¡Lo nunca visto! La primera experiencia sexual de ambos amenizada con *Cantos Gregorianos de Navidad* interpretados por los monjes benedictinos de la Abadía de Calcat. De acuerdo, era un día prenavideño, pero esos cánticos, precisamente esos...

Ninguno de los dos necesitaba refuerzos para entonarse: les bastaba sus propios deseos, el contacto con la piel del otro, sus caricias y sus besos. Si acaso, a ella esa música le resultaba ruido de fondo. Estaba empapada porque la boca de Diego hacía milagros sobre la suya y sobre su cuello y sus pezones, a pesar de que, con las manos resultaba menos diestro: él la tocaba con timidez, casi meramente un acto de reconocimiento de su pubis, de sus labios menores y mayores, de su clítoris (¿sabría él reconocer el nombre de lo que estaba, no acariciando, sino palpando?), así que ella debía dirigirle: «Mira, así me lo hago yo», y se chupó las yemas de dos dedos y se lo mostró; luego fue un «Sigue así, no pares». Con respecto a él, sin embargo, Sofía, careciendo de experiencia con chicos, se limitaba a jugar con su pene, puesto que no recibía instrucciones precisas de él. Todo debía de parecerle bien, pues le acariciaba con mucha suavidad, con mucho tacto, como con miedo a hacerle daño, así que pensó que ese modo de hacérselo con la mano debía de ser el correcto, el habitual, dado que él no se quejaba, si bien tampoco la animaba a seguir de ese u otro modo.

Durante la tercera canción (para ella, idéntica a las dos anteriores) y estando ambos totalmente excitados, Sofía le susurró:

—¿No tienes algo *menos fuerte* para entonarnos que estos cánticos de monjes?

—¿No te gustan? Es el elepé que estaba puesto. Sí que tengo otras canciones, pero por no buscarlas...

Curiosamente, no intentó darle gusto a Sofía en algo tan sencillo y no fue por falta de ganas o por pereza, sino porque también tenía cientos de cintas y discos tanto sencillos como *long play* desorganizados y no quería perder tiempo buscando algo que le apeteciese en ese momento, menos aún quería alejarse ni un minuto de ese cuerpo desnudo tan deseado. En esos momentos la belleza y el ardor de la muchacha lo tenían atrapado,

pero si se levantase de la cama, si se alejase de ella, quizá se rompiera el hechizo. Sin embargo, ¿quién quiere estrenarse escuchando a monótonos y aburridos monjes benedictinos? Afortunadamente (por qué no decirlo), Sofía logró desconectar de esos cánticos que ni la inspiraban, ni la erotizaban, ni siquiera sonaban a Navidad.

Seguía el disco en marcha cuando él intentó penetrarla (torpemente) y tuvo que escuchar: «¿A pelo? ¿Estás loco? ¿No tienes...?». Por la cara que puso de extrañeza, o de pillado *in fraganti*, Sofía comprendió que no tenía, por lo que se levantó rauda hacia su bolso y extrajo dos sobrecitos plateados, separó uno y «¡Menos mal que yo he sido previsor!», dijo ofreciéndoselo para que lo manipulara él. Para su sorpresa, Sofía también tuvo que vencer la reticencia y escrúpulos morales a ponerse un preservativo de su compañero de experiencia, pero al final Diego cedió.

Cuando terminaron —ellos antes que los monjes, que parecían un disco rayado perpetuándose *sine fine*—, su amante se encargó de hacerle los gregorianos un poco más soportables. Un tanto para Diego. Esa fue la primera vez que le oyó cantar y, además, en latín, al sumarse al coro de los religiosos en el *Alleluja, noli flere: Tulerunt Dominum deum*; o sea:

—«¡Aleluya!, no llores», le dice el Ángel a la Magdalena ante el sepulcro vacío, y ella le responde: «Me han quitado a mi señor» —le explicó Diego.

—Creía que los villancicos, por muy gregorianos que sean, eran de temática navideña, no de Semana Santa.

—No es un villancico, sino un canto gregoriano de Navidad, que es distinto.

¡Ah! Siendo así... Y ¡qué voz tan melodiosa, tan de fraile, la de Diego! De no ser por las circunstancias, allí desnudo, acariciándole suavemente el pecho después de haberle hecho el amor, Sofía habría creído que su amigo se había confundido de profesión.

—¿Nunca te has planteado irte a un convento?

—Nunca jamás. ¿Por qué lo dices?

—Te pega vivir en uno.

—A mí lo que me pega es estar contigo. ¿No crees? Siento que tú y *esto* —dijo abrazándola, envolviéndola— es lo mejor que me ha pasado hasta ahora.

—Si es así, para la próxima vez elijo yo la música. Si tiene que ser sacra, que sea el *Aleluja* de Haendel y ¡hale, alegría!, que no estamos en un funeral.

—¿Conoces el *Stabat mater* de Pergolesi? —Ella lo negó—. No es alegre, pero te encantará.

Escuchando ese *Stabat mater* Diego se había imaginado haciendo el amor con ella, pero ese pecado de pensamiento era obviamente inconfesable fuera del confesionario.

—Déjmoslo en que me gustará hacerlo de cualquier forma, incluso sin acompañamiento musical, pero quizá mejoraría con canciones de amor. Es más propio.

—Tengo mucha música francesa que puede servir. Luego le echamos una ojeada.

Por el momento, como sustituto, tenían poemas de amor, pero Diego no eligió a Pablo Neruda (por ejemplo), ya fuera porque no sabría dónde localizarlo fácilmente o porque en su habitación, como él había dicho, solo tenía poesía medieval y renacentista. Para sorpresa de su pareja, optó por leer a san Juan de la Cruz. ¡Cosas de Diego! Ahora bien: si emotiva había sido su voz monacal entonando gregorianos, más lo fue su modo de recitar los memorables versos de la «Llama de amor viva» del fraile carmelita mirándola a los ojos.

—Ya entiendo en quién te inspiras para escribirme tus poemas esotéricos: en el mismísimo san Juan de la Cruz.

—Me has descubierto. ¡Qué lista eres!

—No hace falta ser muy inteligente. La similitud entre vosotros dos es bastante obvia. Para muestra un botón —respondió antes de declamarle, como prueba, el último poema que Diego había escrito para ella:

Acaricio el aire que te hace mía.
Sin palabras te hablo de amor.
Rodeo tu cuerpo en la lejanía
Y a distancia te beso con ardor.

Como si le hubiera venido de pronto una inspiración, Sofía interrumpió su recital para añadir:

—¡Vaya suerte que tienes, Diego! Aquí has hecho realidad tu sueño de hablarme de amor con tus propias palabras, de rodear mi cuerpo con tus brazos y besarme con toda la pasión que te ha sido posible. Lo que no sé es cómo vas a hacer eso de acariciar el aire que me hace tuya. ¿Qué quieres decir exactamente? Yo creo que ni tú lo sabes.

—¡Qué cosas tienes! Claro que lo sé. Me refiero a sentir tu aliento, tu respiración, cuando estás en mis brazos.

—Entonces, me consta que también lo has hecho.

Extraña combinación en esa cama: erotismo y música sacra, sexo y poesía mística, lo físico y lo metafísico. Extraña combinación de ella y él, el día y la noche, pero funcionó, a pesar de la inexperiencia sexual de ambos. Tras los versos, como era de esperar, concluyeron la velada «repitiendo» («Para algo he traído dos», le dijo blandiendo ante él el sobrecito del segundo preservativo con sonrisa y mirada picarona, como si le estuviera ofreciendo un regalo atractivo que él debía arrancar de entre sus dedos; lo curioso es que Sofía no había previsto que lo hicieran dos veces, dado que ni siquiera estaba segura de si habría esa tarde una primera vez), y lo hicieron ya sin cantos gregorianos ni otra música de fondo que sus propios jadeos y el clancán del somier.

—Tienes que arreglar esta cama, Diego. Seguro que los vecinos nos estarán oyendo.

—Tienes razón. Como apenas duermo aquí, salvo en Navidad cuando viene mi familia de fuera y nos repartimos por las casas, no me había dado cuenta de su estado. Tengo que cambiar el somier y el colchón, no creo que tenga arreglo.

Cuando se lo contó a Isabel, su amiga íntima, ésta no daba crédito.

—¿Que os habéis estrenado escuchando cantos gregorianos y leyendo a san Juan?! Por no hablar del clancán. Así que el Meapilas... ¡Menuda historia! ¡Me muero de risa! ¡Y tú que decías que Diego no tenía sentido del humor! Me parto.

—No seas mala con el pobre chico. Bastante tiene con ser tan beato. Si no lo fuera, disfrutaría el doble.

—Ya, por eso repetisteis. Necesitaba doble ración.

—Quién la necesitaba, al menos, era yo. Me encantó, Isabel, me encantó. Al él también, no creas que no, y me figuro que esa noche rezaría cien avemarías por el perdón de su doble pecado.

—Eso si no sacó el flagelo. Por cierto, ¿lo tiene?

—Espero que no. Todavía no conozco todas sus intimidades ni ocultos placeres, pero tenía la espalda inmaculada. Tampoco le vi cicatrices de cilicio.

—Buena señal. Habréis usado una goma. O sea, dos. No me extrañaría que sea de esos que solo lo hacen para procrear.

—*Es de esos*, sí, pero, por si acaso, me preparé para la ocasión cuando me dijo que quería enseñarme la biblioteca de su casa. Lo genial, Isa, y no te rías, que te veo venir, lo genial es que resulta que solo, solo, quería enseñarme sus libros. En serio, no te rías —pero a ella misma se le escapó la risa—. El caso es que, a pesar de que no estaba en sus planes acostarse conmigo, todo iba sobre ruedas hasta que, llegado el momento, se negó a ponerse un preservativo. Sin mediar palabra, me levanté, empecé a vestirme para marcharme y entró en razón.

—Por la cuenta que le trae. ¡Qué cruz tienes con este chico! No sé cómo le aguantas, aparte de porque físicamente es un bombón.

—Y por más cosas.

—Pues resulta que cuantas más cosas me cuentas, más convencida estoy de que tu novio es el tío más raro que conozco, pero si a ti te gusta... Tú sabrás. Es tu vida.

—No es mi novio. De momento es un ligue. Y tiene sus cosas positivas que compensan sus peculiaridades. Es muy bueno conmigo, muy generoso. Siempre está pendiente de mí, me aconseja, me ayuda...

—Vale, todo eso está muy bien para un amigo. Pero lo que tú llamas peculiaridades para mí es algo muy serio.

—Pues espera a oír lo mejor, o lo peor, según se mire: la caja de pastas de Santa Clara.

La expresión jocosa de Sofía ponía en evidencia que iba a contar otra más de las extravagantes anécdotas del chico con el que estaba liada. Isabel le devolvió el gesto de «vamos, suéltalo» y Sofía, después de unos instantes más riéndose, ¡cómo no hacerlo!, continuó:

—Es que, cuando ya creía que Diego había superado sus reparos, pues estuvo muy cariñoso y tranquilo después del *segundo*, resultó que no. Al día siguiente no se le ocurrió otra cosa que presentarse a nuestra cita en un bar como un iluminado, con aire de triunfo y una caja de pastas de las hermanas clarisas, envuelto y todo en papel de regalo, con lo cual, ingenua de mí, interpreté que quería celebrar que lo habíamos pasado de miedo la víspera y que íbamos a repetir. ¡Pues no! La caja de pastas había sido una excusa para ir al convento de clausura de Santa Clara.

—¿Y para qué necesitaba una excusa, o sea, para qué necesitaba ir a ver a unas monjas de clausura?

—Nunca lo adivinarías: por más que pienses en algo raro, te quedarías corta. Resulta que su madre es sobrina de la hermana abadesa Invención de la Santa Cruz...

—¿Qué?

—Has entendido bien. La tía sor Invención, la llama Diego. Se llama así, no te rías. —Pero sí se reía, ¡cómo no!, aunque lo mejor estaba aún por llegar—. Fue para proponer a las monjitas que acepten un donativo de cinco mil pesetas todos los meses para que recen por él. Ahora sí, imagínate por qué o para qué.

—¡Pero eso es un pastón! No me digas que para obtener una bula para pecar contigo, por decirlo así.

—Tal cual. Todavía no me lo puedo creer.

—¡Dios! ¡Una dispensa para follar! ¡Será meapilas! ¿Y qué le dijiste?

—Me enfadé y le devolví sus pastas: «Dáselas a tu madre para que las santifique con su milagrosa agua de Lourdes». Y él contestó: «Deja a mi madre fuera de esto. No tiene nada que ver». Total, salimos y anduvimos un rato en silencio, yo de morros, como te puedes imaginar, pero fuimos a dar al portal de su casa como si nos llevaran los pies, no la voluntad, y él dijo: «¿Qué tal si subimos a comernos algunas de estas pastas? Tengo vino y licores para acompañarlas».

—Vino de *misa*, supongo.

—¡Eres peor que yo, tía! Al final optamos por una mistela que te mueres de rica. El caso es que yo seguía enfadada y pensé que su intención era que subiéramos únicamente para comernos las pastas. Ahora creo que fue su forma velada de decir «vamos a hacerlo, que ya tengo mi bula». Hablar de sexo abiertamente fuera de la cama sigue siendo tabú.

—¡Será pijol!

—A lo que iba: que en cuanto vimos la cama, nos miramos cómplices y poco menos que nos lanzamos a ella como dos posesos. Esta vez lo hicimos sin la bendición de los monjes gregorianos ni de san Juan. Las pastas y el vino vendrían después.

—Y ¿qué tal?, ¿mejor así?

—Igual de bien, pero cuando terminamos le dije que retirara lo del dinero a las monjas, que me hacía sentir que lo que hacíamos era inmoral. «Lo es» dijo el muy meapilas.

—Ese chico no tiene remedio, Sofi. Cuanto antes lo entiendas, mejor para ti.

—No sé. A mí me da pena. Hoy me ha llamado todo ilusionado para decirme que me tiene preparada una sorpresa. Por lo que he podido deducir, creo que no ha desistido de su licencia para pecar, pero, para compensarme, me va a llevar a un sitio especial. No he querido matarle la ilusión siguiendo enfadada.

—¿Y él sí que puede matar la tuya?

—Me ha pedido perdón, dice que no lo puede evitar, que si por él fuera no haríamos nada, pero que su amor por mí es más fuerte que su religión y eso le hace sentirse culpable. Pobrecillo.

—Sofí, te veo mal. No es ningún pobrecillo. Me río yo de su actitud de «pobre de mí, que me induces a pecar». No es un inducido. Es un meapilas, y este mote se lo has puesto tú. No lo olvides.

Imposible olvidarlo y más cuando su amiga no paraba de recordárselo.

—Ahora que, entre el polvo y la mistela salí más contenta que unas castañuelas. Y sin mirar ni un solo libro para mi trabajo. Creo que Boscán va a tener que esperar a que se nos pase el calentón, que lo veo difícil por ahora, porque Diego está encoñadísimo y a mí me pone un montón.

—Estáis igualitos los dos. Pues ¡hale, bonita! A follar, que son dos días.

La sorpresa que Diego le tenía guardada en compensación fue llevarla a la iglesia del monasterio palentino de San Isidro de Dueñas, conocido en la zona como La Trapa, donde habita una comunidad de monjes cistercienses de la Estrecha Observancia. Por el camino le fue presentando ese viaje con mucha pompa, como si fuera lo mejor de lo mejor, pues iban allí, no a rezar o a confesarse, que él ya lo había hecho, sino nada más y nada menos que para escuchar cánticos gregorianos en vivo y en directo.

La desilusión de Sofía no podía ser mayor, pero no dejó que se le notase en ningún momento. Al contrario. Llegaron con mucho tiempo para ver antes el monasterio y Diego, cual perfecto maestro de ceremonias, a la vez que le explicaba la historia y las reglas del monasterio y la comunidad trapense, le iba haciendo un repaso de las características del canto gregoriano, sus estilos y principales expresiones, y todo ello, por descontado, en meticulosa jerga, empleando tecnicismos que aclaraba acto seguido. ¡Menos mal, menos mal, que no se lo explicó de este modo en la cama entre polvo y polvo! Así que, cuando terminó con todas las explicaciones, ella contestó: «*Ite, missa est. Amen*», contenta de que por fin hubieran concluido, aunque lo que quería decir era «*Kyrie eleison, Christe eleison, Kyrie eleison*, Señor ten piedad, Cristo ten piedad, Señor ten piedad, ¿va a ser siempre así con Diego?». Bueno, si él lo supiera, la induciría a confesarse por pecar con el pensamiento, pues estaba siendo mala. Lo cierto es que a ella le encantaba tener por ligue un maestro tan peculiar, tan poeta, tan estudioso y tan, tan guapo, pero, sobre todo, en esos momentos, un guía al que, cuando se cansaba de escuchar su monólogo erudito, lo podía interrumpir con un beso sin que se sintiera ofendido o se diera por aludido.

Si los cantos gregorianos del elepé no habían sido contraproducentes en la cama, allí, en directo, resultaron un potente hechizo amoroso. Por el modo en que la miraba de continuo, le cogía la mano y le sonría, a Sofía no le cupo la menor duda de que a Diego, como a ella, le venían a la mente sus escenas más íntimas. Era evidente que, si estuvieran en su casa, estarían de nuevo dándose un revolcón (o, en palabras de Diego, haciéndose el amor), y solo con imaginárselo le sobrevino la imperiosa tentación de comprobar el estado de excitación de su amigo, por lo que, tras una de las miradas melosas de Diego, le puso suavemente la mano en la entrepierna, presionó y... ¡bingo! Allí estaba tal cual se lo esperaba: en plena erección. Él se sobresaltó y contrarrestó la sonrisa pícaro de la joven con una expresión de pavor: «¿En la iglesia? ¡Pecado, pecado!», parecían exclamar sus ojos, y con un movimiento rápido le retiró la mano, bajó la vista y se ruborizó con una intensidad propia del niño sorprendido *in fraganti*. Lo único que le faltó para completar el cuadro fue santiguarse, pero no lo hizo. Ella se excusó juntando las manos en posición de plegaria y él le devolvió una sonrisa más cálida, la cual no evitó que Sofía se sintiera mal, con una sensación de metedura de pata, de suciedad, que le impidió concentrarse tanto en los cantos como en los propios recuerdos del lecho.

A la salida abordaron el tema con mucho tacto y él le pidió perdón por su reacción absolutamente impulsiva, pero le aseguró que, después de eso, no había dejado de revivir la sensación de la presión de su mano y fue peor (o sea, se había excitado aún más, quería decir), por lo que no veía el momento de salir de la iglesia para abrazarla.

—¡Tu novio, en el fondo, es un cochino! —le dijo Isabel cuando se lo contó.

—No es mi novio, pero yo diría que sí es un cochino. Y en este viaje Diego se ha enterado menos que yo de los gregorianos.

—Ya, Sofí, pero tú no le habrás perdonado. Yo diría que está empezando a darse cuenta de que si va por ese camino te pierde. Por eso te pide perdón y te cuenta esas cosas. Primero tira la piedra, luego esconde la mano. Te la va a estar jugando así cada poco. Créeme.

—No estoy segura. Yo creo que a él mismo le fastidian totalmente sus propias reacciones. Tiene que reacomodarse, y eso es algo muy difícil. Requiere tiempo. Para mí los esfuerzos que hace el pobre por superar-

lo son un mérito.

—¡El pobre, el pobre! Me río yo del pobre. Quien algo quiere algo le cuesta, bonita. Y tú vales mucho. Es tu momento. Aprovechalo. Si no le encauzas ahora, date por perdida.

Sofía no se daba por perdida, tampoco creía que fuera fácil o posible encauzar o redirigir a alguien con las ideas tan profundamente enraizadas. Bastaba con que Diego no la atrajera a ella por su senda ultrarreligiosa. Lo importante era que, en ese momento de la vida de Sofía, se podía decir que estar con Diego realmente le compensaba con creces.

Las vacaciones navideñas, que habían comenzado con muy buen pie, no solo continuaron en la misma línea, sino que él hizo todo lo posible por mejorarlas. El joven tuvo la ocurrencia y delicadeza de entregarle cada día un presente (además de su cuerpo) como prueba de amor y agradecimiento, ya fuera un libro, un perfume, flores, dulces, una bufanda, un disco..., así hasta el día de Reyes, que, como broche de oro, le regaló un anillo de oro con una pequeñísima esmeralda para formalizar definitivamente su compromiso.

—Con este anillo yo te tomo a ti, Sofía Valverde, como novia y prometo amarte, cuidarte y esposarte— le dijo mientras se lo entregaba minutos antes de hacerle el amor.

A Sofía, siempre al quite, no se le escapó el detalle de que no prometía respetarla. Entendía que, a juicio de Diego, acostarse con ella sin estar casados suponía, obviamente, una falta de respeto, un acto deshonesto al que no estaba dispuesto a renunciar. Mejor así, mucho mejor. En ningún momento Sofía se imaginó que detrás del anillo pudiera haber «un algo siniestro», en palabras de su confidente Isabel, quien no comprendía el devenir de esta relación.

—¡¡¡Siniestro que me regale un anillo de compromiso!!! ¡Pero qué exagerada eres, Isa! Siempre pensando mal de él.

—Y siempre acierto.

—No siempre.

—Si abres los ojos verás que Diego no se comporta de modo natural. Sobreactúa. A mí todo en él me resulta artificial, como muy ensayado. No sé por qué tú no lo ves. Va a ser verdad que el amor es ciego. Sofi, lo del anillo y esa promesa estúpida me dan mala espina.

—A mí me parece lo más normal del mundo en un chico romántico, y él lo es.

—Normal, normal, tampoco me parece. Llámame exagerada, pero creo que es un regalo envenenado, una especie de anillo de poder, como el de *El Señor de los Anillos* que tanto te gusta. Con él te quiere controlar y someter. Y la prueba es que has sucumbido a él. O sea, que ya sois novios oficiales. Si yo fuera tú me lo quitaría del dedo inmediatamente y lo guardaría donde no lo pueda ver.

—¡Pero qué mala eres, *jodíal*! ¿Por qué eres tan desconfiada? La has tomado con él.

—Se lo ha ganado a pulso. ¿De verdad que has aceptado casarte con él? Es que no me lo puedo creer. Pasas de «no es mi novio» a estar prometida.

—Lo de casarnos era una manera de hablar. O eso espero. Digamos que hemos formalizado que salimos juntos. No es tan, tan, definitivo como parece. Yo creo que es solo un detalle, su manera de decirme que me quiere.

—Te lo dice continuamente con sus poemas. Pero tiempo al tiempo, Sofi. Espero que no tengas que arrepentirte de no haberte echado a correr antes de aceptar el puñetero anillo. Por muy bonito y fino que sea.

—Tiene muy buen gusto, al menos, ¿no crees? —dijo Sofía mirándose el anillo en el dedo.

—Sí, y dinero, que tampoco es despreciable, tanto como para permitirse el lujo de tirarlo dándoselo a las monjitas para que recen por él. Se me ocurre una cosa: dile que me lo dé a mí y ya rezo yo por él todos los días. Al menos, los días que pequéis de exceso de lujuria.

—No estaría mal. O que me lo dé a mí, que después de todo es con quien peca.

—Eso no puede ser, lo siento por ti. Parecería que te paga por follar, o sea, que parecerías una *prosti*.

—No había caído. Pero sí, es lo que parecería. Aunque en el fondo es lo que hace: pagar por poder tener relaciones sexuales, aunque en este caso las proxenetas son... ¡Uy, no quiero ni pensarlo! Pobres monjitas, si

supieran para qué dedican sus rezos lo mandarían a freír un espárrago.

—O no. La pasta es la pasta.

Dejando aparte las supuestas implicaciones siniestras del anillo como colofón navideño, lo importante fue que, siendo vacaciones, y, entre unas cosas y otras, el santurrón y su irresistible novia repitieron la experiencia asiduamente. Además del disfrute, por descontado, hacer el amor todos los días que se vieron fue, por añadidura, la prueba irrefutable de que Diego era *normal*, o sea, heterosexual, dado que en su contra habían jugado sus principios morales, que le habían impedido tocarla hasta esas fechas más allá de los límites de la decencia, lo cual había provocado serias sospechas en ambas amigas.

—No os entiendo, Sofi —le había dicho un día Isabel metiendo de lleno el dedo donde más dolía—. Llevas meses con Diego y ni siquiera te mete mano. Ya es raro el chico. ¿Estás segura de que no es de la acera de enfrente?

—Todo lo segura que se puede estar sin haberlo comprobado, o sea, poco. En lo que te doy totalmente la razón es en que sí es raro.

Pues bien, demostrado: afortunadamente para ella no era homosexual, dado que hacer el amor con él se había convertido en su mejor, más placentero y habitual pasatiempo. Un ¡hurra! para Diego en ese punto, a pesar de que, como decíamos, las rarezas le llovían por doquier. Para empezar, su nombre: Diego Alberto Santamaría y Casto Ladrón de Guevara. Los apellidos no eran una broma, sino una ironía del destino, explicaba Sofía cada vez que se lo contaba a alguien y se veía obligada a escuchar «¿Estás de coña?», o frases similares. A eso hay que sumar su visión ñoña de la religión que provocó que, en el estadio inicial de su relación, cuando solo eran un poquito más que amigos, solo se permitía el placer de besarla con moderación, de caminar de la mano y de unas pocas caricias sin perversa intención. Por ello Sofía lo había bautizado con el sobrenombre de Meapilas, que le iba que ni pintado. A ello contribuyó, además, el que en casa de sus padres conservasen agua bendita de Lourdes en una botella de finísimo cristal de Bohemia, al menos así salía a la mesa en días especiales, y ellos bebían sorbitos de vez en cuando como quien toma jarabe para la tos, o, en su caso, como el que descorcha la mejor botella de champán para brindar por un acontecimiento reseñable en la vida familiar. Lo extravagante del caso era que Diego el Meapilas contaba esta práctica familiar con total impunidad, rayana en orgullo. Con el tiempo, y tras la formalización de su noviazgo, que para él tuvo lugar tácitamente tras esa primera experiencia sexual con cantos gregorianos y, debidamente, tras la entrega del anillo, Sofía se arrepintió de haberlo bautizado así, pero ya era demasiado tarde puesto que su amiga se encargaba de recordárselo con la más dolorosa de las ironías, tipo: «¿Se santigua el Meapilas o reza un padrenuestro antes o después de *hacerlo*?».

En realidad, bien pensado, todo fue raro desde el principio. Se habían conocido en la Facultad donde él era el brillante becario de investigación del Departamento de Filología Hispánica entre cuyas obligaciones estaba encargarse de la biblioteca del departamento y ella, una estudiante que iba allí para consultar o sacar libros. Además de por ser alto y muy bien parecido, también le atrajo de él que fuera tan accesible y comunicativo, y pronto supo que estaba realizando la tesina sobre el drama religioso medieval conocido como misterios, o sea, las representaciones teatrales que tuvieron lugar entre los siglos XIII y XVI en las plazas públicas y que ponían en escena ciertos pasajes bíblicos, preferentemente de la vida de Jesús. Al igual que la poesía de Diego, estos misterios (por algo se llaman así) tenían un carácter arcano y simbólico. A medida que lo iba conociendo mejor, y cuando Sofía se echaba sus cuentas, resultaba que nada era por casualidad, que todo encajaba en el comportamiento de ese becario.

Para empezar, le resultó un poco chocante la propia elección del tema de una tesina sobre literatura religiosa medieval, más que nada por lo aburrido que debía de ser, aunque, no habiendo leído nada sobre ello, en verdad Sofía no tenía base para sostener esta opinión. Sin embargo, nada le hizo saltar la chispa de que detrás del mero interés literario pudiese haber una beatería profunda. Lo que a ella le interesaba del becario era que su charla le resultaba siempre amena e instructiva. De hecho, Sofía presumía ante Isabel de que ese chico tan guapo, tan listo y tan interesante se hubiese fijado en ella e incluso le extrañaba que no tuviera novia. Al prin-

cipio solo comentaban los libros que ella le pedía, después se dejaba aconsejar por él; más tarde acordaron quedar en una cafetería para hablar de ellos, y así, poco a poco fueron quedando más y más, y él empezó a entregarle, en pequeñas dosis, sus poesías metafísicas repletas de metáforas para que ella las juzgara. Dado el carácter íntimo de los poemas, dirigidos a un alguien innombrado, tardó en comprender que estaban dedicados a ella. De vez en cuando encontraba en esos poemas frases o fragmentos de alguna conversación mantenida, pero para ella no era relevante y simplemente se alegraba de haber sido objeto de inspiración. Hasta la tarde en que leyeron juntos, en alto, el correspondiente a ese día:

Sueño cada día contigo,
con acariciar tu piel de espuma con mi lengua de trapo
y enredar mis dedos vagabundos en tu pelo ensortijado.
Sueño con perderme, extático, en tu vientre y en tus senos áureos,
y perturbar tu serenidad con mi laúd templado.
Y te canto y te canto, amada mía,
Mientras, agitado, desaparezco en ti.

Ella, por primera vez, se sintió incómoda porque notó que él lo estaba aún más. No es que en ese poema hubiese nada particularmente revelador. La clave para desvelar el secreto estuvo en el tono de Diego, más tímido y pudoroso de lo habitual, seguramente por la profunda carga erótica que rezumaba.

—Diego, este poema... —él estaba cabizbajo—. De casualidad, este poema... ¿está dedicado a mí?

—Todos están dedicados a ti. Creí que lo sabías. O, al menos, que lo intuías.

Podía haber tenido cualquier otra reacción. Podía haber dicho, «Pero de qué vas, tío», y él habría enrojecido hasta la médula y todo habría concluido allí mismo, en ese mismo momento. Sin embargo, fue todo lo contrario. Ella se emocionó y lo besó. Lo besó sin parar y, en consecuencia, puso en marcha la imparable maquinaria que movería su relación. Así empezó todo y siempre sería igual: él estimulaba intelectualmente, emocionalmente, y ella reaccionaba físicamente.

Más que por la personalidad de Diego, Sofía se había dejado seducir (embaucar, decía Isabel) por sus poemas y le había bastado recibir uno todas las semanas para sentirse satisfecha hasta la señalada fecha en que escucharon juntos por primera vez los cantos gregorianos. El haber introducido el componente sexual en la intensa relación que mantuvieron a lo largo de toda la Navidad lo cambió todo. Cada día ella vivía encendida e impaciente por subir de nuevo a su casa y caer en sus brazos. Él, en cambio, a juzgar por el monotema de sus nuevos poemas, negaba o excusaba la realidad. Si su poesía era la expresión de su mundo interior, reflejaba la paradoja de su afán de querer y no querer, de tocarla sin rozarla, en suma, de negar la evidencia de lo que sucedía en su cama.

Diego necesitaba su poesía para declararle su insondable deseo sexual. De palabra, y vis a vis, le resultaba impensable. Además, pecaba de decoroso. El suyo, a nivel hablado, era el lenguaje más pulcro que Sofía jamás había escuchado. Nunca un taco, un insulto, una vulgaridad. Si se enfadaba, se callaba. Por eso todo su mundo interior fluía por su poesía. Sus miedos, sus sueños, sus necesidades afectivas, su desconfianza, la decepción, todo estaba allí, paradójicamente diáfano a pesar del esoterismo de sus metáforas. O al menos era eso lo que Sofía leía entre líneas. Fuera como fuese, sus poemas la atrapaban. Ser musa la hacía sentirse importante y quizá confundía la autoestima con el amor.

Nunca estás más bella
que cuando tu sonrisa esboza un pensamiento.
Nunca más sensual
que cuando tu cuerpo se desborda en sutilezas.
Ni más sutil y bella
que cuando me regalas
una mirada cargada de inocencia.
Ni más inocente que con tus picardías,

ni más pícara, vida mía,
que cuando sueñas, despierta,
con amores de Romeos y Julietas.
Pero nunca te me presentas,
Sofía, alma mía,
más soñadora, romántica, sublime,
que cuando, con los ojos cerrados,
suavemente, ardientemente,
me besas.

Siendo pura contradicción, ese era el Diego que Sofía amaba: el que la adoraba, el que la lisonjeaba, el que con solo pensar en ella se erotizaba y el que en la cama atendía sus necesidades y no cejaba hasta conseguir que llegase al orgasmo, o, para ser exactos, a los *orgasmos*, porque con él no solo tenía facilidad para tener orgasmos secuenciales cuando enlazaban coitos, a lo que llamaban «repetir» o «el segundo», sino que se descubrió multiorgásmica, capaz de llegar al clímax más de una vez en la misma sesión de estimulación. Como ninguno había tenido experiencias previas y no era un tema de conversación habitual ni al detalle con las amigas (salvo con Isabel, que también carecía de experiencia), Sofía desconocía que el multiorgasmo no solo no era el pan nuestro de cada día de las relaciones sexuales, sino que era un privilegio del que ella gozaba gracias a su especial sensibilidad y a que era proclive a excitarse a la mínima provocación, y la que le producía Diego no era mínima precisamente, sino una poderosa incitación a follar, aunque lo disfrazase (y quizá amplificase) con su actitud de «pobre de mí, que me has inducido», la frase de Isabel que le valió el nuevo apodo de Meapilas Inducido.

Alcanzado este punto, en esta nueva fase empezó a nacer algo parecido a un equilibrio entre las dos personalidades contrapuestas. Pero era un frágil equilibrio, puesto que los cimientos de su relación se tambaleaban al mínimo desafío (voluntario o no) a la sensibilidad de cada uno. Era doloroso comprobar cómo les iba afectando en el día a día la discrepancia entre la sensibilidad de ambos, porque, aun compartiendo aficiones como la literatura, la música o el cine, sus respectivos gustos chocaban. De hecho, un día Sofía propuso ir a ver la película *Salon Kitty* y, cuando Diego vio el cartel a la entrada y la serie de fotografías de contenido abiertamente sexual expuestas en el hall, tuvo una extraña sensación de disgusto, una premonición de peligro.

—Tiene mala pinta —dijo con las entradas en la mano—. ¿Estás segura de que quieres que la veamos?

—¿Por qué no? Va de nazis, pero ¡mira quién trabaja! ¡Es tan guapo! —A quien se refería era al actor austriaco Helmut Berger, el auténtico reclamo para ella y de cuya belleza se había quedado prendada tras ver *La caída de los dioses* y *Ludwig*.

Desde el principio, la historia resultó escabrosa y la actitud y sensibilidad de ambos colisionaron. El Salón Kitty era el prostíbulo más famoso de Alemania en 1939 hasta que la Gestapo exigió sustituir a las exóticas y apasionantes mujeres que allí se ofrecían por otras muchachas fieles al régimen con el fin de espiar a los altos mandos del ejército que lo frecuentaban. Para saber si se podía contar ciegamente con las candidatas preseleccionadas, eran sometidas a durísimas pruebas sexuales. En un momento dado, el personaje que encarnaba Helmut Berger, el líder nazi encargado de formar y controlar el nuevo burdel, ponía a prueba la adhesión y eficacia de una hermosa joven burguesa a la que humilla obligándola a avanzar a cuatro patas y ponerse de rodillas ante él mientras él se abría la bragueta, le tomaba la cabeza y se la llevaba hacia la entrepierna. Fue la gota que colmó el vaso de las agallas y el aguante de Diego, quien, no pudiendo soportarlo más, agarró a su novia del brazo, tiró de ella y le dijo «¡Vámonos!» justo durante un breve primer plano de la cara del hermoso actor antes de llegar al orgasmo. Sofía se soltó y optó por quedarse, al menos hasta que la escena concluyese y el actor desapareciera de la pantalla.

No obstante, la presión de las escabrosas escenas sdomasochistas, junto con la imprevista fuga de Diego, le hizo desistir de seguir en la sala y se salió a los pocos minutos. Él estaba en la puerta del cine a punto de marcharse, pero había decidido dar a Sofía una oportunidad de cinco minutos. Este incidente provocó una seria discusión en la pareja porque Diego se mostraba incapaz de separar los juicios de valor moral con los de

valor estético de la película. De acuerdo que a ella tampoco le estaba gustando, pero el caso es que él únicamente veía pornografía donde ella veía una historia inhumana.

—¿Es moral y estéticamente peor lo que sucede en un burdel que el día a día en un campo de concentración? —le preguntó por preguntar, pues ya sabía la respuesta que no obtuvo.

Lo realmente alarmante era que Diego jamás habría huido espantado de esa manera (o de ninguna otra) de una película ambientada en Auschwitz-Birkenau, el campo de experimentación médica y exterminio en masa de prisioneros. A Sofía le resultó terrible comprobar hasta qué punto le atormentaba la cuestión sexual, la contradicción intrínseca entre sus propias necesidades físicas y la represión a la que le sometían sus estrictas creencias religiosas.

Para Sofía era un misterio que Diego, siendo tan inteligente, tuviera una fe tan ciega, tan incuestionable. Sin duda, el que su familia fuera del Opus Dei lo justificaba. Él, a Dios gracias, no era un miembro numerario de la Obra, si bien comulgaba con muchas de sus creencias y prácticas. Si lo hubiera conocido un par de años atrás, posiblemente él la habría arrastrado a su mundo religioso, pero resultó que lo conoció justo en el momento en que había dejado de ir a misa los domingos, o lo que es lo mismo, cuando había roto todo vínculo con una práctica que no le aportaba nada en esos momentos. Pero en todo caso, su relación con Diego supuso una involución. Como para él fue importante, aceptó acompañarlo al servicio dominical, al igual que lo acompañaría al médico si se lo pidiera o a entregar la declaración de la renta en la correspondiente delegación de Hacienda, pero lo que él no podía exigirle era que «comulgara con ruedas de molino», como se refería tanto a las hostias como a los postulados de Diego.

—Yo no comulgo con ruedas de molino, Sofía, si te refieres a mi forma de entender la fe auténtica.

—¡Fe auténtica! Si hay algo que no aguanto es que te crees con el derecho a la verdad absoluta y no respetas a quienes no pensamos igual.

—No sé por qué dices eso. Yo sí te respeto. Aunque no me guste, acepto que tú no vayas a comulgar cuando vienes a misa, pero de veras que no comprendo por qué te niegas a recibir el cuerpo de Cristo.

—Recibir el cuerpo de Cristo. Comer su cuerpo. Beber su sangre... No te diré a qué me suenan esas palabras, esas prácticas —«a acto carnal, por no decir canibalismo», pensaba—, pues luego me dirás que me tengo que confesar por blasfema.

Sofía hablaba así porque él la sacaba de quicio y adoptaba una posición extrema para reafirmarse. Para reírse de él un día le dijo que, dado que tenía que tener una religión, pues no se puede vivir sin creencias, como los animales (según Diego y su madre), había optado por la griega, y no la ortodoxa, sino la de más atrás, la de la Grecia clásica. Su fe, por supuesto, no estaba puesta en los dioses del Olimpo, sino en dioses menores como Sócrates, Platón... «¡Ah, perdón, que no eran dioses, sino filósofos!».

Lo bueno de Sofía era que tenía un gran sentido del humor; lo malo de Diego era que carecía de él, quizá por pura justicia divina, pues algo malo tenía que tener para compensar el hecho de que, de todo lo demás, estaba sobrado; a saber: tenía belleza, inteligencia, sensibilidad, un trabajo que le gustaba, todo el dinero que necesitaba, un flamante Audi Fox rojo que le habían regalado sus padres cuando acabó la carrera, la gran casa en la céntrica calle de Platerías que había heredado de su abuelo materno y, en ella, esa biblioteca que ya la quisieran para sí algunas de las públicas. A todo ello había que añadir una novia (semidiosa, aunque él nunca reconocería esta irreverencia) a la que adoraba.

Sí, lo tenía todo, incluso a Sofía, y, sin embargo, no se le veía feliz. Por algo ella no paraba de referirse a él, aunque de forma involuntaria, como «pobre Diego». Se le escapaba cada vez que hablaba de él con Isabel. Avisada estaba por su amiga de que la pena, la compasión, es una poderosa arma en contra de uno mismo, como pronto tendría ocasión de comprobar.

No obstante, a pesar de estos altibajos sin importancia, la relación marchaba sobre ruedas cuando, tras defender su tesina con honores, a Diego le confirmaron en junio que había sido aceptado como profesor asociado de español en la Universidad Sorbona Nueva de París con un contrato de tres años, prorrogables, tiempo que dedicaría, además, a la realización de su tesis doctoral sobre literatura comparada en torno a los misterios

medievales europeos, o sea, una ampliación de su tesina. De entre todos los misterios, el tema que partía como favorito era el de la mujer sorprendida en adulterio, en especial las piezas que se conservan en tres manuscritos ingleses.

—Es curioso, Diego, pero el tema te va que ni pintado —le dijo Sofía.

—¿En qué sentido?

—No te hagas el ingenuo conmigo. —No era ingenuidad, sino que las mentes de cada uno se movían en diferentes planos que había que unir manualmente, por así decirlo, para que las ideas casaran—: Tú serías uno de los fariseos y firmes candidatos a arrojar la primera piedra a la buena mujer si no apareciera el mismísimo Jesucristo a detenerte.

—Estás muy equivocada. ¿De dónde te sacas eso? Al igual que Él, *Nolo mortem Peccatori, sed convertatur impius a via sua et vivat*.

—A saber... —dijo Sofía, lo que significaba que necesitaba el apoyo de un intérprete, ya que, a pesar que estar estudiando Filología Hispánica, se manejaba poco y mal en latín hablado, aunque lo suficiente para soltar algún que otro latinajo a imitación de Diego, pero de ahí a entender las parrafadas que de vez en cuando empleaba su novio iba un abismo.

—«No quiero la muerte del impío, sino que se aparte de su mal camino y viva».

—Bien, Diego, tú no querrás la muerte de la pecadora, pero, si no se aparta la pobre de su camino del amor y el disfrute, la envías de patitas al infierno para que arda en llamas *in saecula saeculorum*. Nunca he entendido como tu Dios pudo enviar a su hijo Jesucristo a predicar la misericordia, la compasión, cuando Él mismo carece totalmente de ambas. —Ya se había convertido en hábito el que, para marcar distancias en cuestiones religiosas, ella siempre se refiriera a Dios como si fuera de Diego en exclusividad.

—Eso no es cierto. Supongo que tú eres de las que también opinan que las desgracias las manda Dios.

—Eso sería así si yo creyera en tu Dios. Como no... Para mí, al comportamiento de ese Dios en quien tú crees se le llama simple y llanamente in-mi-se-ri-cor-de —dijo marcando las sílabas del mismo modo que si estuviera midiendo versos—. Y conste que no me refiero únicamente a que condene a sus hijos terrenales para toda la eternidad. El propio hecho de que no se compadeció de su Hijo en el huerto de Getsemaní salvándolo de sufrir la muerte más atroz prueba que carece de misericordia.

—La ingenua eres tú con esos comentarios. Parecen los de una colegiala. Para empezar, te olvidas de que también premia para toda la eternidad.

—Solo después de que los elegidos se lo hayan ganado a pulso con sacrificios y renunciaciones inhumanas, por no hablar de martirios, o con la compra de bulas si tienen dinero, como tú.

—También se lo ganan a pulso los condenados, los pecadores.

—¿Pecadores como la mujer adúltera? Dime, Diego, tú qué crees que sucede después de que se lapida a una pobre adúltera y ésta llega a las puertas del cielo, o sea, a dónde crees que la manda san Pedro: al cielo, porque ya ha pagado por su pecado en la tierra al ser lapidada, o al infierno, si no se ha arrepentido, y así la vuelve a condenar una segunda vez.

—Yo creo que iría al cielo. Para eso se reencarnó y murió en la cruz Jesucristo, para perdonar y salvar.

—Buena respuesta, si no fuera porque esa supuesta adúltera ya está lapidada sin antes haber sido perdonada y salvada.

Daba grima pensarlo, y eso que Sofía no sabía que muy pronto ella misma caminaría por la senda de la infidelidad y él, más tarde, por la del adulterio. No obstante, la tesis de su novio fue un nuevo motivo de reflexión acerca de la diferente forma de pensar de ambos, aunque todavía era temprano para saber con certeza si en realidad eran compatibles o no.